BELISARIO: UN CAMPESINO BOHEMIO QUE COMO POETA FUE... UN GRAN ESTADISTA

Por Guillermo Zuluaga Ceballos*

En los ratos de ocio bajaba el café Automático, punto de reunión de la bohemia y la poesía. Por una de esas casualidades que solo ocurren en las telenovelas, el Automático quedaba en un edificio de la Avenida Jiménez con la carrera Sexta, precisamente debajo de mi oficina. Como se ve estaba predestinado. ¡Así cualquiera!

Así, con gracia cierta, recordaba una de sus facetas vitales, el expresidente Belisario Betancur, un hombre al que al parecer "le tocó" por casualidad, echarse unos tragos de más allá en ese café, referente de la política y la bohemia colombiana, si al cabo, por mucho tiempo, no fueron la misma vaina.

Y además de los tragos, la vida le mandó otros retos, quizá menos divertidos. Porque Belisario pareció predestinado. La Providencia en la que creía, al parecer le tenía un sino marcado y este lo fue llevando... llevando... y él se fue acomodando, acomodando, acomodándose a esas "casualidades". Así que al niño que desde muy chico aprendió a leer, le "tocó" también ser seminarista sin vocación, luego de becario en una universidad, le "tocó" ser periodista; también abogado, congresista, hasta le tocó ser presidente, y además por ende expresidente. Y valga decir que en cada una de ellas, logró destacarse, siendo fiel a sus ideales y pasiones, marcados por sus tradiciones católicas, el amor a las artes y la lectura, y sus convicciones a favor de la Paz y las salidas negociadas.

* Comunicador social periodista de la Universidad de Antioquia y magister en historia de la Universidad Nacional sede Medellín. Miembro fundador del Centro de Historia del Municipio de San Vicente Ferrer y autor, entre otros, de los siguientes libros: *Empatamos 6 a 0. Futbol en Colombia 1900-1948; 24 Negro; Mi Medallo. Una pasión cosida al alma; La vida pasa en Versalles; Bernardo Guerra Serna. El socio;* y *Cornare 40 años de historia. Por un ambiente para la vida y el desarrollo sostenible.*

Belisario fue un humanista al frente del manejo del Estado, o un estadista *cum laudem* en humanismo. Y demostrar ese camino que lo fue convirtiendo en tal, y de la huella dejada, se ocupa el abogado e historiador Ricardo Zuluaga Gil, en el libro **Belisario, triunfo de la Perseverancia** (2023), quien en las primeras páginas de su texto destaca la figura del poeta y estadista, una "raras avis" en el contexto colombiano:

> *El caso de Belisario Betancourt es único en la historia de Colombia, en el sentido de que llegó muy joven a la política con escasos 20 años pero igualmente se puede decir que la abandonó relativamente pronto con solo 63, cuando, al dejar la presidencia de la república, se resistió a toda posibilidad de volver a intervenir en cuestiones partidistas o relativas a la situación del estado o de la economía.*

En este libro se destacan facetas muy interesantes y algunas poco conocidas de Belisario Betancur, con base en muchas fuentes documentales y en textos autobiográficos que el autor recoge. Muestra y reconstruye la niñez bucólica en medio de algunas limitaciones económicas que al tiempo seguramente detonaron el deseo de romper con ese mundo de privaciones. Y una adolescencia donde este precoz periodista, a punto de tenacidad y disciplina fue *escalando, estudiando, cuestionando, maquinando* y más luego, ya hecho abogado, su vida lo metió definitivamente en el mundo político: Belisario fue diputado, representante a la Cámara, candidato presidencial en cinco oportunidades. Y detrás de esas investiduras, estaba el hombre terco para defender convicciones y enseguida sagaz para tomar distancias con el pasado.

Leer estas páginas fue un interesante ejercicio para la nostalgia. Desde que mi abuelo sacó del costal en que iban unas yucas, plátanos y algo de panela, un afiche de Belisario y lo pegó en la pared más vistosa de la casa, Belisario estuvo presente en mis primeros años. Ese hombre de la foto, llegó luego hasta el pueblo en helicóptero, y como era usual en estas tierras godas, los niños de la escuela fuimos a recibirlo con banderincitos en mano; y luego ese hombre se convertiría en presidente, forjando mi primer triunfo político, pues era el candidato de los abuelos y de todos los cercanos. Luego, su habla pausada, como con gotero, fue instalándose en mis oídos, a través de la radio y su figura de tierno

abuelo precoz, fue quedándose en mi retina: cómo olvidar, visto desde la televisión, ese traje inmaculado conque despidiera al papa Juan Pablo II en el aeropuerto Ernesto Cortissoz de Barranquilla. En esas mocedades me pareció buen presidente; aunque a juzgar por este párrafo, yo no era objetivo; y me condolí un poco con las tragedias que soportara como presidente: en especial por lo de la avalancha del Nevado del Ruiz, y por la toma (que luego supe también fue retoma) del Palacio de Justicia, ambas en menos de diez días.

Uno siempre decía que *Belisario era el presidente más de malas*, pero poco a poco fue desapareciéndose; el presidente se hizo humo y quedó Belisario. Esa idea de un exmandatario de bajo perfil (que se plantea en el libro y que es uno de sus rasgos) hace que la voz de él y sus experiencias las empiezan a contar otros, con ciertos sesgos, y además, por esa voz meliflua, de poeta en buhardilla, fueron convirtiéndolo en una caricatura; incluso una caricatura de sí mismo, y entonces asuntos como el mal manejo que le dio su presidencia a la toma (y que también tuvo retoma) del palacio de justicia, una tragedia anunciada —la de la erupción del Ruiz— que pudo ser prevenida, pero en especial la no realización del mundial de fútbol —y esto en un país futbolero, era imperdonable, pues además no hizo tampoco las inversiones que a cambio haría— fueron llevando a que muchos se refirieran a él, como un presidente con cierta pusilanimidad, más preocupado por el ritmo de una estrofa que por un asunto de gobierno (o a decir de muchos, de desgobierno).

Y entonces surge este libro que nació ante una iniciativa de Academia Colombiana de Historia en 2022, para conmemorar los cien años de su nacimiento. Zuluaga Gil se lanzó, pese a que el plazo —seis meses máximo— para investigar, era corto. Lo presentó y al cabo, la Academia declaró desierta la convocatoria ante la poca participación. Pero Zuluaga, tipo obstinado y riguroso, como un reto académico y consigo mismo, siguió en el empeño, máxime porque con el paso de los días, vencido el prejuicio acerca de ese *populista*, se sorprendió ante muchos elementos que hacían de él un estadista. Valga decir que este trabajo se realizó mientras su autor tenía un cargo de gran responsabilidad de orden nacional y sin embargo logró el cometido.

El libro llena uno de los vacíos de nuestra historiografía. Colombia a diferencia de otras naciones parece tener cierta reticencia a la hora de escribir sobre el poder político y no se goza de muchas publicaciones. A decir de su autor:

> *En Estados Unidos existe una larga tradición de culto a las figuras presidenciales, una práctica que ha permitido que, desde George Washington, primer mandatario de ese país, en 1789, la trayectoria y las ejecutorias de la casi la totalidad de esos gobernantes hayan sido exhaustivamente documentadas y estudiadas. Una buena prueba de ello es que desde hace casi cien años se estableció una singular tradición: cada vez que un presidente estadounidense abandona la Casa Blanca, se procede a crear con fondos privados una biblioteca con su nombre, que es edificada generalmente en su localidad natal y en ella se archivan todos los documentos escritos, fílmicos y fotográficos relativos a su gestión. A ello se suma que, en ese país, al igual que ocurre en el Reino Unido, desde hace bastante tiempo resulta común que quienes han controlado las riendas del poder publiquen sus memorias al culminar sus ejercicios gubernamentales.*
>
> *Por el contrario, en nuestro país, que institucionalmente goza de un carácter acentuadamente presidencialista desde que la República fue creada en 1821 con la Constitución de Villa del Rosario de Cúcuta, salvo la figura de Bolívar, el primero de nuestros mandatarios, el interés por las figuras presidenciales ha sido más bien escaso. Y esa es una realidad lamentable, porque tanto para la democracia como para la historia conocer con profundidad el itinerario vital del ciudadano que ocupa esta señalada posición resulta de trascendental importancia. Solo de esa forma se puede garantizar una adecuada perspectiva y comprensión de los hechos más relevantes de nuestra trayectoria institucional.*

De hecho, sobre Belisario hay pocos libros: un par, escritos por dos exministros suyos, que cuentan algunas incidencias y su talante humano. Pero en este nuevo libro, el autor se centra en su obra de gobierno y da un repaso a sus años posteriores. Para ello recurre además de los textos de sus dos amigos, a revistas de la UPB donde Belisario comenzó muy joven a escribir para compensar su

beca de estudios, archivos de prensa y documentos visuales. Zuluaga Gil además echó mano de muchos textos —algunos de ellos de su autoría— sobre historia política, y de Economía; e incluso tomó herramientas del periodismo, como quiera que realizó conversaciones con sus dos nonagenarios hermanos, Inés y Juvenal y viajó hasta Amagá a la casa donde nació Belisario. De hecho, como queda dicho en el texto, esa casa no era de bahareque sino de tapia y estaba en el filo de una montaña con una gran vista que quizá ayudó a ampliar el horizonte desde muy niño. Belisario se construyó de sí un pasado bucólico y de privaciones, el cual le ayudó a legitimar después decisiones, amparado en esas (supuestas) dificultades que tuvo en la niñez.

Además del mito de su pobreza infantil, el libro tiene otros hallazgos interesantes. Zuluaga Gil considera que *su gestión económica fue impecable* y en ello pudo incidir que los graduandos de Derecho, de la UPB, recibían cátedra de economía:

> *Tenemos, pues, que el debut de su gobierno coincidió con la crisis financiera, la crisis del petróleo y, finalmente, la crisis de la deuda externa, que conllevó el cierre del acceso a créditos externos para toda América Latina. El momento también coincidió con la caída de los precios del café y una crisis de la producción agropecuaria nacional. Y no parece aventurado, en términos generales, decir que, en virtud de los desaciertos de la anterior administración, se vivía un ambiente de recesión general que, por supuesto, afectó los aceptables niveles de crecimiento que venía presentando la economía colombiana en la década anterior. Por eso, durante el gobierno de Belisario, como lo sostuvo su ministro de Hacienda Édgar Gutiérrez Castro, se hizo necesario adoptar una política de choque que fue polémica y controvertida y que provocó reacciones enconadas y encontradas.*

Mirado con los ojos del presente, Belisario es un hombre difícil de entender si no se analiza su contexto. Y si se adolece de formación en cuanto a la tradición política colombiana, para dimensionar y valorar sus contradicciones. Porque su vida política podría resumirse en la de un godo que hablaba con marxistas, y que, en tanto miembro del ala más radical del Partido Conservador proclamó e hizo campaña por Lleras Camargo para la presidencia, y quien además fundó una editorial, *Tercer mundo editores*, con un tono crítico y progresista. De hecho, (citado en el libro) refiriéndose a él, dijo en algún momento, Juan Luis Cebrián: *Sus amigos no sabemos ya si encarna la izquierda de la derecha, o la derecha de la izquierda*.

En 203 páginas se cuenta y se explican muchas las facetas del expresidente. Porque valga decir que el título de mejor presidente habrá mucho quién lo dispute en Colombia; pero el de mejor expresidente, dada su calma, su bonhomía se lo lleva con creces Belisario. Pero el autor demuestra que si bien se retiró de las luminarias públicas, a la sombra siguió luchando por la paz, aquí y allende las fronteras, por apoyar causas y proyectos de su Iglesia católica apostólica y romana; por seguirle apostando al arte y a la cultura.

En el muy poético silencio, Belisario disfrutó hasta sus últimos días de todo eso que lo hacía: de su esencia. A juzgar por estas páginas fue un *gocetas de la vida*. El autor, cita a su amigo y excolaborador Fabio Lozano Simonelli, quien, cuando Belisario ganara, por fin, la presidencia, dijo (y quizá profetizó) de él lo siguiente: *Para Betancur, la vida es interesante, amable, digna de ser vivida, ya sea cuando recuerda sus orígenes de niño pobre campesino ya cuando goza de libros, cuadros y canciones*.

Quizá este sea un libro un poco apologético, donde se extrañan algunas voces disonantes. El autor considera, sin embargo, que trata de hacer un equilibro con lo dicho por tantos, donde se destaca poco de su gobierno.

Léanlo, vale la pena. Disfruten nuestra historia política bien contada, y con testimonios y documentos probatorios. Juzguen ustedes lectores... &